

tro, ó con alguno de edad avanzada, si os ofrece una taza de vino, poneos en pié para beberla; cuando os dé cualquier cosa, tomadla, y si os manda sentar, obedeced. Cuando estéis sentados al lado de alguna persona notable, si descubris en ella cualquier inquietud, como si se vuelve á un lado y á otro sobre la silla, mueve los piés, mira la sombra del sol para saber qué hora es, ó pide de pronto licencia para marcharse, todas las veces que os pregunte, levantaos para responder.

Si os encontráis en compañía de algun superior, ya en dignidad, ya por tener muchos parientes, no le preguntéis nunca su edad: si le encontráis en la calle, no le preguntéis adónde va, y si se sienta á vuestro lado, mostráos modesto; no miréis á un lado, ni á otro; ni accionéis con las manos, ni mováis el abanico. Los discípulos de Confucio dicen que cuando él se sentaba en algun gran banquete, no se levantaba de la mesa hasta que lo habian hecho las personas de mas edad que él.

Deberes entre los amigos.

El que desea verdaderamente llegar á ser sabio, elige para amigos aquellos hombres cuyas palabras y acciones le puedan hacer progresar en la virtud y en las letras.

Es un deber entre los amigos el darse alternativamente buenos consejos y exhortarse unos á otros á practicar la virtud.

De tres clases de amigos es siempre perniciososa la compañía, y son: los viciosos, los falsos y los habladores é indiscretos.

Cuando recibáis á alguno en vuestra casa, no dejéis de invitarle á que pase primero, al llegar á una puerta, y cuando hayáis llegado á la de la sala interior, pedidle licencia para entrar antes á fin de preparar los asientos; despues volved á conducirlo con toda atencion á su sitio, que será siempre á vuestra izquierda. No debe empezar la conversacion el que visita: las leyes de la buena crianza exigen que el dueño de la casa comience primero á hablar.

CAPÍTULO I. De la vigilancia sobre si mismo.

Reglas para dirigir bien el corazon.

Cuando la razon domina á las pasiones, todo va bien; pero si las pasiones tienen predominio sobre la razon, todo camina de mal en peor.

Un soberano que quiera ser feliz y procurar la felicidad de sus pueblos, necesita observar las siguientes reglas: evitar que la elevacion en que se encuentra le inspire maneras orgullosas y despreciativas; resistir á las pasiones desarregladas; no obstinarse en seguir una opinion de que se halla preocupado; amar solo los placeres honestos; tratar de ser popular y circunspecto, con lo que se hará amar del

pueblo; si tiene deferencia hácia alguno, no desconocer sus defectos, ni cerrar los ojos á las buenas cualidades de los que aborrezca; ame las riquezas, mas sea para distribuirlas entre los demas, y últimamente, no decida las cosas dudosas, y al decir su parecer, no manifeste afirmarle.

Cuando salgáis de casa, mostrad en vuestro semblante la modestia que suele tenerse cuando se hace una visita á cualquier gran señor. Manifestad vuestras órdenes al pueblo con aquella gravedad con que asistiríais á una gran solemnidad. Medid á los demas con la medida que á vosotros mismos, y no hagáis á otro lo que no querríais que os hiciesen á vosotros. Cuando estéis solos, no dejéis por eso de ser modestos, y cuando tratéis algun negocio, poned en él toda vuestra atencion. En el trato ordinario de la vida civil, mostráos ingenuos. No debéis olvidar nunca estas virtudes aunque os encontréis confinados entre los pueblos bárbaros.

Puede decirse que un hombre merece fama de sabio si no tiene ansia por llenar de alimentos el estómago, si no busca con mucho afan sus comodidades, si es diestro en los negocios, discreto en sus palabras, y no se junta, ni asocia sino con personas sábias y virtuosas.

Reglas para adquirir buenos modales.

El libro de las costumbres dice: « La honestidad y la equidad distinguen al hombre sabio de los demas, y estas dos virtudes traen su origen de los movimientos arreglados del cuerpo, de la dulzura y tranquilidad del semblante, y de la decencia de las palabras. »

Cuando alguno os hable, no pongáis los oídos para oír, ni alcéis la voz para responderle, como si os gritase álguien: no le miréis de medio lado; ni estéis distraído á fin de que no crea que estáis pensando en otra cosa. No andéis con paso altanero, ni aire orgulloso. Cuando estéis en pié, no levantéis el uno en el aire; ni crucéis las piernas, cuando estéis sentado. Cuando trabajéis, no estéis con los brazos desnudos; ni desabrochéis vuestros vestidos para respirar mas libremente. Cualquiera que sea la persona con quien estéis, tened siempre cubierta la cabeza. En la cama estad siempre en postura decente. Guardaos de mostraros orgulloso, ni burlon en la conversacion; no habléis con precipitacion, ni critiquéis de los defectos ajenos; no aseguréis nada por simples conjeturas, ni sostengáis con obstinacion vuestro parecer.

Los discípulos de Confucio cuentan que su maestro hablaba en casa tan poco que cualquiera al verle hubiera creído que no sabía hablar; pero en la corte se hacia admirar por su elocuencia; nadie sabía mejor que él acomodarse al gusto y á la clase de las personas con quienes hablaba; sabía infundir respeto á los

mandarines inferiores con la nobleza que respiraban sus palabras, y se insinuaba agradablemente en el ánimo de los superiores con su elocuencia dulce y fácil: no hablaba sino á tiempo y cuando era necesario, y al comer y acostarse guardaba un profundo silencio.

Reglas sobre los vestidos

El libro *Y-li*, hablando de las ceremonias que se usan al poner el primer birrete á los jóvenes, dice: — El maestro de ceremonias, al ponerle en la cabeza el birrete, pronunciará estas palabras: « Piensa que ahora tomas el vestido de los adultos, y que sales de la infancia: deja tambien los sentimientos y las ideas de esta: adquiere gravedad y seriedad: aplicate de veras al estudio de la sabiduria y de la virtud; y házte con esto merecedor de una vida larga y feliz. »

Segun las prescripciones del libro de las costumbres, no se permite á un hijo cuyos padres viven vestirse de blanco, y está prohibido á todo jefe de familia á quien se han muerto los suyos llevar vestidos de varios colores, aun despues de terminado el trienio del luto.

No se pongan á los niños vestidos de seda, ni forrados de pieles.

Confucio dice: — « El que pensando enmendar sus defectos se avergüenza de vestir con modestia y de alimentarse solo de manjares groseros, muestra bien claramente que ha hecho pocos progresos en el camino de la virtud. »

Reglas que deben observarse en la mesa.

Cuando convidéis á alguno á comer, ú os sentéis á su mesa, observad con exactitud todas las reglas de buena crianza; no comáis con ansia; no bebáis de priesa; no hagáis ruido con la boca; no roáis los huesos, ni los echéis á los perros; no derramáis el caldo; no mostréis apetecer un plato ó un vino determinado; no os limpiéis los dientes; no sopléis la sopa cuando está muy caliente; no pongáis una salsa diferente á ningun manjar que se ponga en la mesa; comed los alimentos á pedacitos; mascadlos bien, y no llenéis demasiado la boca con ellos.

En la mesa de Confucio no se servian manjares delicados, ni muy apetitosos; pero él queria que el arroz estuviese bien cocido, y no comia nunca la carne ó el pescado sino en pedacitos. Si el arroz habia fermentado por la humedad ó el calor, ó la carne empezaba á corromperse, ó estaba mal cocida, al momento lo conocia y no tocaba á una cosa ni á otra. Era ademas bastante moderado en el uso del vino.

Los antiguos emperadores evitaron el abuso del vino, ordenando á los convidados que se hiciesen unos á otros muchas cortesías todas las veces que bebiesen.

Los que son aficionados á comer bien, dice Mencio, son dignos de todo desprecio, porque no pensando mas que en satisfacer los apetitos de los sentidos, y en tratar bien la parte mas vil del hombre, perjudican á la mas noble y digna de todo su cuidado y atencion

CAPÍTULO IV. Ejemplos sobre estas máximas, sacados de los hechos antiguos.

Sobre la buena educacion.

La madre de Mencio habitaba en un lugar cerca del cual habia muchos sepulcros. El pequeño Mencio contemplaba con placer todas las ceremonias que en ellos se practicaban, y en sus juegos infantiles las imitaba con frecuencia. Habiendo advertido esto la madre, juzgó que aquel lugar era poco á propósito para la educacion de su hijo; mudóse de casa, y se fué á vivir cerca de un mercado público. El niño al ver tantas tiendas y mercaderes, y el mucho movimiento del pueblo que allí se reunia, solia imitar tambien aquel apresuramiento y las diferentes posturas de las personas que allí veía. — « Aun este lugar, dijo la madre, no es muy bueno para dar á mi hijo una educacion conveniente. » Abandonó aquella morada y tomó otra cerca de una escuela pública. Mencio que observaba con la mayor atencion todo lo que allí sucedia, viendo una multitud de jóvenes que ponian en práctica las reglas de urbanidad y buena crianza, que se hacian regalos unos á otros, que se respetaban, que se cedian el paso y que usaban las ceremonias prescritas al visitarse, no tenia mayor diversion que imitarlos. — « Ahora, sí, dijo la madre, que podré educar bien á mi hijo. »

Mencio, aun joven, habiendo visto que un vecino mataba un cerdo, preguntó á su madre, para qué le habia muerto. — « Para ti, respondió ella sonriéndose, porque quiere regalártelo. » Pero reflexionando despues que su hijo comenzaba á tener uso de razon, y temiendo que si advertia que habia querido engañarle, se acostumbrase á mentir y á engañar á los demas, compró el cerdo para dárselo á comer.

Sobre los cinco deberes.

El principe Ki, que tenia el titulo de Tsu, como si dijéramos marques ó baron, viendo que el emperador Cheu, su sobrino, se abandonaba enteramente al lujo, á la molicie y á los mas vergonzosos placeres, le amonestó severamente sobre su conducta; mas el emperador, lejos de seguir sus consejos, le metió en una prision. Algunos aconsejaban al principe que huyese, y le ofrecian los medios para ello. — « Guárdeme el Cielo de hacerlo, respondió, adonde quiera que yo fuese, mi presencia manifestaria al pueblo los vicios y la crueldad de mi sobrino. »

Entonces tomó el partido de fingirse tonto, cometiendo necedades capaces de hacerlo creer así: de resultas de esto solo se le trató en lo sucesivo como a un vil esclavo, y pudo así sustraerse a las miradas del pueblo.

El príncipe Pi-kan, tío también del emperador, viendo que no habían surtido efecto los consejos de Ki, dijo: — « ¿Qué será del pueblo si dejamos al emperador encenagado en sus vicios? Yo no puedo callar, aunque el no hacerlo me cueste la vida; le haré ver el daño que hace a su propia reputación y el peligro a que expone al imperio. » En seguida fué a buscarle y le echó en cara los desórdenes de su vida: el emperador le escuchó con un aire lleno de indignación y furor, y le respondió: — « Dicen que el corazón de los sabios es diferente del de los demás hombres: quiero asegurarme de ello, » y ordenó al instante que abriesen a su tío por medio del cuerpo, y que se observase atentamente cuál era la forma de su corazón.

Habiendo sabido esta muerte cruel el príncipe Nei, hermano del emperador, dijo: — « Cuando un hijo ha amonestado hasta tres veces a su padre sin sacar fruto, no se acobarda por esto, sino que trata de conmover su corazón con lágrimas y ruegos. Cuando un ministro ha dado por tres veces consejos saludables al príncipe y este no los ha escuchado, se cree que ha llenado ya su deber, y tiene derecho a retirarse. Esto haré yo. » En efecto, se desterró voluntariamente de su patria, llevando consigo los vasos para las ceremonias fúnebres, para que hubiese a lo menos uno de la familia imperial que hiciese dos veces al año los honores acostumbrados a sus abuelos difuntos. Confucio elogia mucho a estos tres príncipes, y habla de ellos como de unos verdaderos héroes que se señalaron por su celo hacia la patria.

La princesa Kung-kian había sido prometida por esposa al príncipe Kung-pe, y habiendo muerto este antes de casarse con ella, quiso guardarle la fe prometida no tomando otro marido; y aunque la exhortaron sus parientes a contraer nuevas nupcias, ella no consintió en ello, y escribió una oda en la que juraba morir antes que casarse.

Los príncipes de dos reinos vecinos, teniendo contestaciones entre sí sobre cierta porción de terreno, de la que ambos pretendían ser dueños, convinieron en escoger por árbitro a Ven-Wang: — « Es un príncipe equitativo y virtuoso, dijeron, y decidirá pronto la cuestión. » Parten juntos, y apenas llegan al territorio de Ven-Wang, ven a dos aldeanos que se cedian mutuamente una porción de campo que podía ser disputada, y a varios transeuntes que se cedian el honor de ir por medio de la calle. Habiendo entrado en una ciudad, vieron a los jóvenes quitar a los ancianos las cargas que llevaban sobre sus hombros para aliviarlos de su peso llevándolas ellos mismos. Mas luego que estuvieron en la corte, viendo las maneras corteses

y respetuosas de sus habitantes y las muestras de honor y aprecio que alternativamente se daban los unos a los otros, dijeron: — « ¡Qué necios somos! Ni aun merecemos andar por el país de un príncipe tan sabio. » Y al punto el uno cedió al otro la tierra disputada, y como ambos se negaron a tomarla, quedó esta independiente y libre de todo derecho señorial.

No diré nada sobre el tercer párrafo que habla del modo de arreglar las costumbres, ni sobre el cuarto que trata de las leyes de la cortesía y la modestia, porque ya he presentado ejemplos de estas virtudes.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO I. — *Pensamientos de los modernos.*

Sobre la educación de la juventud.

El emperador Chao-li, de la dinastía Han, estando para morir, dió al príncipe su hijo, que debía sucederle, este consejo: — « Si se te ofrece ocasión de hacer alguna cosa buena ó mala, no digas nunca: eso nada importa. En efecto, de todo se debe hacer caso, pues no hay bien por pequeño que sea que no se deba hacer, ni mal que no se deba evitar. »

El ministro Lieu-pi enseñaba a sus hijos que quien no estima su buen nombre, deshonra a sus abuelos y cae en cinco vicios, contra los cuales no hay precaución que baste. Voy a enumerarlos, para que les toméis el horror que merecen.

El primero es que dichos hombres se encenagan en los placeres y la glotonería; piensan solo en las comodidades ó intereses personales, y sofocan en su corazón todo sentimiento de piedad que hacia los infelices inspira la naturaleza.

El segundo, que no tienen ningún amor a las instrucciones de los antiguos sabios, ni sienten rubor, ni vergüenza, cuando comparan su conducta con los excelentes ejemplos que nos han dejado los grandes hombres de los tiempos pasados.

El tercero, que desprecian a los que son mas que ellos y aman a los aduladores que los divierten con chistes y frivolidades; miran con celos las virtudes de los demás, y siempre están escudriñando sus defectos para publicarlos, y en fin, solo consideran como méritos el fausto y la vanidad.

El cuarto, que se cuidan demasiado de banquetes y comedias, y olvidan los deberes mas importantes.

En fin, el quinto, que desean con ansia los empleos y dignidades, y para obtenerlos recurren a cualquier vileza y se hacen esclavos de los que los dan.

No olvidéis nunca, queridos hijos, añadió Lieu-pi, que a las dinastías mas ilustres les sir-

vieron de escalones para subir poco a poco al trono el amor filial, la fidelidad, la templanza y la aplicación de sus jefes, y los precipitaron de él en un momento el lujo, el orgullo, la ignorancia, la pereza y la prodigalidad de los hijos que degeneraron de las virtudes de sus abuelos.

Fan-che, primer ministro y confidente del emperador, tenía un sobrino que continuamente le instaba a que le procurase algun cargo con su influencia; mas él, antes de hacer nada en su favor, le envió las siguientes instrucciones:

« Si quieres merecer mi protección, querido sobrino, pon antes en práctica los consejos que voy a darte: 1º Distingúete de todos los demás por tu amor filial, por tu modestia y por tu sumisión a tus padres y a todos los que tienen sobre ti alguna autoridad, y no aparezca nunca en tus acciones la menor sombra de soberbia y orgullo. 2º Ten bien presente que para desempeñar debidamente los grandes empleos, es necesario tener una aplicación incesante y un gran caudal de conocimientos, por lo tanto no se debe perder el tiempo, sino ocuparse continuamente en enriquecer el entendimiento con las máximas que nos han dejado los antiguos sabios. 3º No te estimes en mucho; confiesa el mérito ajeno y dispensa a cada uno el honor que se le debe. 4º No distraigas tu entendimiento de las graves ocupaciones, ni desperdicies el tiempo en diversiones poco convenientes al sabio. 5º Vive alerta contra el placer del vino, que es el veneno de la virtud: el hombre de mejor condición, si se abandona a esta vil pasión, bien pronto se hace intratable y feroz. 6º Sé discreto en tus palabras; el que habla mucho se atrae el desprecio de los demás y muchas veces grandes pesadumbres. 7º No hay mayor satisfacción que procurarse amigos; mas para conservarlos conviene no ser demasiado sentido, ni hacer como los que se ofenden y encolerizan por cualquier palabra que se escapa a otro y no les agrada. 8º Pocos hay que no presten oídos a las palabras lisonjeras, y que despues de haber gustado la dulzura de las alabanzas dadas a tiempo, no formen de sí mismos una alta idea: procura evitar semejante defecto, y en vez de dejarte llevar de los astutos aduladores; considéralos como otros tantos seductores que quieren engañarte. 9º Es costumbre del vulgo ignorante admirar a los hombres vanos que hacen ostentación de muchos criados, de vestidos magníficos y de todo cuanto ha inventado el lujo para dar una preeminencia que rara vez se ve apoyada por el mérito; pero los sabios miran esas cosas con ojos compasivos y solo estiman la virtud. 10. Tú me ves en la cumbre de la prosperidad y de la grandeza; pero compadéceme, caro sobrino, antes que envidiar mi suerte. Yo me considero como uno que con piés vacilantes se halla al borde de un precipicio, ó camina sobre frágil hielo. Créeme: los grandes empleos no hacen feliz al hombre, y a duras penas conserva en ellos la virtud. Toma, pues, un consejo que voy a darte y es fruto de

mi larga experiencia: enciértrate en tu casa, vive retirado, cultiva la sabiduría, teme mostrarte al público muy pronto, y merece los honores huyéndolos: el que camina muy de prisa se expone a tropezar y caer. La Providencia es quien reparte las grandezas y las riquezas: es menester esperar a que las dé.

Sobre los cinco deberes.

El autor habla en particular de los deberes de los criados, de las ceremonias prescritas para dar el primer birrete a los jóvenes, de los honores fúnebres que deben tributarse a los difuntos, del luto trienal, del cuidado con que han de evitarse las ceremonias introducidas por los sectarios, de los deberes de los magistrados, de las precauciones que deben tenerse en los matrimonios y del amor entre los hermanos y amigos. Pero como sus reflexiones sobre todo esto se hallan comprendidas en gran parte en el libro precedente, referiré solo aquellas de que no he hablado hasta ahora.

En otro tiempo hubiera sido un escándalo y una cosa digna de castigo el comer carne y beber vino durante el luto por los padres; pero ahora se ve hasta a los mandarines, en un tiempo como aquel consagrado al dolor y a la tristeza, visitarse el uno al otro y darse banquetes; ninguno tiene reparo en contraer matrimonio: entre el pueblo se convida a los parientes, a los amigos y a los vecinos a banquetes que duran todo el día, y en los cuales no falta quien se embriaga. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Las costumbres del imperio exigen que durante el luto se abstengan todos de la carne y del vino, exceptuando solo de esta ley a los enfermos y a los que han pasado de cincuenta años, a los cuales se permite tomar caldo y comer carne salada; pero les está terminantemente prohibido el comer carnes delicadas y asistir a convites. Con mayor razón les está vedada toda clase de placeres y diversiones. No me extiende a hablar de esto, porque hay leyes en el imperio para castigar a los que se hagan reos de tales excesos.

Los hombres supersticiosos que creen en las mentiras de la secta de Foo, creen haber satisfecho los deberes esenciales hacia sus padres difuntos cuando hacen muchos presentes al ídolo y ofrecen carnes a sus ministros. Pretenden estos impostores que semejantes ofertas borran los pecados de los muertos y les abren las puertas del cielo. Oid lo que enseñaba el celebre Yen a sus hijos: — « Nuestra familia ha refutado siempre con sabios escritos las falsas doctrinas de esta secta: guardaos bien, queridos míos, de dejaros llevar de esas vanas y monstruosas invenciones. »

Cuando pienses en casar a tu hijo ó a tu hija, no busques en el esposo ó esposa siao buena índole, virtud y haber recibido de sus padres una educación esmerada: prefiere estas dotes a

todos los honores y riquezas. Un marido sabio y virtuoso, aunque sea pobre y de condición humilde, puede algún día llegar á ser notable por sus dignidades y riquezas; por el contrario, es indudable que un marido vicioso, por rico y noble que sea, caerá pronto en el desprecio y en la indigencia.

La prosperidad ó la ruina de las familias proviene á menudo de las mujeres: si la que tú has elegido por esposa tiene muchas riquezas, te despreciará fácilmente, y su orgullo esparcirá la desunión en la casa; y aunque esto no suceda, si por haberte casado con una mujer rica, has llegado á enriquecerte, teniendo un poco de delicadeza, ¿no te avergonzarás de serle deudor de tus honores y riquezas?

El doctor Hu solía decir: — « Cuando cases á tu hija, búscala esposo en una familia mas ilustre que la tuya, para que ella le esté siempre obediente y le tenga respeto; de este modo reinará la paz en la familia. Por el contrario, cuando cases á tu hijo, dále una mujer que sea de familia inferior á la tuya; así podrás estar cierto de que tu hijo gozará siempre de paz en su casa, y de que no echará ménos en su mujer el respeto que le debe. »

El doctor Sing decía con razon que para que la amistad sea duradera, es menester que los amigos se respeten el uno al otro y se adviertan recíprocamente sus defectos. Si elegís por amigos á los que os adulan y divierten con palabras dulces, chanzas y chistes, pronto veréis acabarse una amistad tan frívola.

Sobre la vigilancia de sí mismo.

Un antiguo proverbio dice: « Que el que quiere ser virtuoso se parece á un hombre que procura trepar por un monte escarpado, y el que se entrega al vicio, á uno que baja por una pendiente rápida. »

El doctor Fan-chung-siuen daba á sus hermanos é hijos las siguientes lecciones: — « Cuando se trata de censurar á los demas, los mas necios se vuelven sabios; y cuando se trata de censurarse á sí mismo, los mas sabios se vuelven necios. Emplead con vosotros la severidad con que censuráis al prójimo, y usad con este la indulgencia que tenéis con vosotros mismos. »

« El corazón del hombre se asemeja á un terreno fértil. Las semillas que se echan en él son la virtud, la dulzura, la justicia, la fidelidad y la clemencia. Los libros de los sabios y los ejemplos de los hombres ilustres son los instrumentos con que el terreno se cultiva. Los errores del siglo y las pasiones son las malas yerbas, las espinas que crecen en él y los gusanos que roen y devoran las semillas. El cuidado, la vigilancia, la observación de sí mismo y el examen de la propia conducta son los trabajos empleados para regar y cultivar la tierra, y cuando uno llega á la perfección, es el tiempo de la cosecha. »

El doctor Hu-ven-ting dice lo siguiente: — « El que aspira á la sabiduría debe tener en poco las delicias del siglo y no dejarse deslumbrar por el falso brillo de los honores y las riquezas. Para los príncipes orgullosos con su grandeza, la única distinción consiste en el fausto y la vanidad; en salas adornadas con pompa; en tener una mesa surtida de los manjares mas delicados, y dispuesta con toda la magnificencia imaginable, y en un gran número de señores y criados que los rodeen y hagan compañía. Mas en verdad que si yo estuviese en su lugar, me guardaría muy bien de imitarlos. El que desee ser verdaderamente sabio, debe detestar el lujo, y en vez de envilecer su alma ocupándola en frivolidades, engrandecerla con los conocimientos mas sublimes. Recuerda el ejemplo del célebre Chu-ko-kung-ming, que florecía en tiempo de la dinastía de Han. Este sabio vivía tranquilo, sin deseos ni ambición, en la aldea de Nan-yang, ocupado en labrar sus tierras y en adquirir sabiduría. Pero Lieu-pi, general de las tropas imperiales, logró á fuerza de súplicas hacerle abrazar la carrera de las armas. Chu-ko adquirió tanta autoridad en el ejército, que despues de haber repartido los campos y las provincias, dividió todo el imperio en tres partes. Valiéndose de su autoridad, ¡cuántas riquezas hubiera podido acumular! Pero oíd lo que dijo al heredero del imperio: — « Yo tengo en mi país natal ochocientas moreras para criar gusanos de seda y mil y quinientas yugadas de tierra que, cultivadas con cuidado, darán en abundancia con qué vivir á mis hijos y nietos. Esto les basta, y yo no trataré de aumentar mis riquezas: mi único deseo es procurar el bien del imperio, y para probar á Vuestra Majestad la sinceridad y verdad de mis palabras, le aseguro que á mi muerte ni se encontrará arroz en mis graneros, ni dinero en mis arcas. » Y en efecto, sucedió como dijo.

CAPÍTULO II. — Ejemplos sacados de autores modernos.

Sobre la educación.

Un letrado llamado Liu, natural de la ciudad de Lien-tang, formó en unión de muchos conciudadanos suyos una sociedad para trabajar juntos en su perfección. Con este objeto acordaron entre sí las siguientes leyes que debían guardar inviolablemente: 1ª Todos los miembros de la sociedad tenían obligación de unirse á menudo para estimularse unos á otros á la virtud. 2ª Debían advertirse alternativamente sus defectos. 3ª Asistir juntos á las fiestas y solemnidades. 4ª Ayudarse recíprocamente en sus necesidades y aliviarse en sus dolores y aflicciones. 5ª Si alguno de la sociedad practicaba una acción digna de alabanza, se escribía en un libro dispuesto al efecto para conservar su memoria. 6ª Si alguno cometía

cualquiera falta grave, se anotaba también en el mismo libro. 7ª Finalmente, el miembro de la sociedad que advertido por tres veces de sus errores, no se enmendaba, quedaba excluido para siempre de ella, y su nombre era borrado de la lista.

El mandarin Hu-yuen se lamentaba frecuentemente de que los jóvenes que se dedicaban al estudio para abrirse el camino de la magistratura, se contentaban con adquirir una vana elocuencia, sin cuidarse de profundizar la doctrina de los antiguos sabios y de guiarse por sus consejos. Por esto explicaba tan solo á sus discípulos lo mas importante que enseñaban los libros antiguos sobre las reglas de las costumbres y las dotes que es necesario poseer para gobernar bien: en sus discursos procuraba únicamente explicar el sentido de dichos libros, y despreciando las flores de la elocuencia, no sentaba proposición alguna que no se apoyase en sólidos raciocinios. En breve se esparció su fama por todas partes, y mas de mil discípulos llegaron á aprender á un tiempo la sabiduría y la virtud de un maestro tan excelente. Mientras era mandarin letrado en la ciudad de Huchu abrió dos escuelas: en la una eran admitidos solamente aquellos que estaban dotados de gran talento, los cuales aprendían á profundizar la doctrina de los antiguos y á penetrar lo mas sublime que contiene: la otra era para los que se distinguían por una prudencia singular, quienes se instruían en la aritmética, en el manejo de las armas y en el modo de gobernar. Todos estos discípulos se esparcieron despues por el imperio, y el que los veía tan diferentes de los demas hombres por su doctrina, modestia é integridad de costumbres, al momento conocía que eran discípulos de Hu-yuen.

Sobre los cinco deberes.

El único afán del joven Si-pan era adquirir sabiduría y virtud. Habiendo pasado su padre á segundas nupcias, llegó á aborrecerle en tales términos que le mandó salir de su casa. El joven no pudiendo resolverse á separarse de su padre, lloraba día y noche, y no quería abandonar la casa, hasta que aquel viendo que no servían las amenazas, empezó á maltratarle, y el hijo obligado á irse construyó una choza cerca de la casa paterna, y continuó yendo todas las mañanas á arreglar las habitaciones de esta, como acostumbraba hacer ántes. Pero el enojo del padre siguió aumentando hasta el punto de mandar derribar la choza, y alejó enteramente de su presencia al hijo. No por esto cambió el ánimo de Si-pan, el cual habiendo trasladado su habitación al sitio mas inmediato que pudo, iba por mañana y tarde á presentarse á su padre para cumplir con él. De este modo pasó un año sin que la aspereza con que le recibía el padre pudiese disminuir su amor y respeto filial. Pero al fin reconoció

el padre cuán injusto era su odio, y comparando su aspereza con el tierno amor de su hijo, mostró sentimientos mas humanos y le permitió volver á casa. Poco despues murieron los padres de Si-pan, y despues de haber pasado el trienio del luto, habiéndole propuesto sus hermanos menores que repartiése la herencia, él consintió en ello; pero ¿cómo se portó? — « Hay en casa, dijo, muchos criados de edad avanzada y que no están en situación de poder servir: yo los conozco hace mucho tiempo y los tengo acostumbrados á mi género de vida: á vosotros os costaría mucho trabajo dirigirlos: se quedarán, pues, conmigo. Hay casas medio arruinadas y tierras estériles: las guardaré para mí, pues cuido á las unas y cultivo á las otras desde principios de mi juventud. En cuanto á los muebles que quedan por repartir, yo me quedaré con estos vasos medio rotos, y aquellos trastos viejos que se están cayendo á pedazos, supuesto que yo me he servido siempre de ellos, y así constituirán alguna parte de mi herencia. » De esta manera Si-pan, aunque el mayor de la familia, tomó para sí todo lo que en semejantes divisiones suele desecharse, y habiendo despues disipado sus hermanos toda su herencia, él dividió aun con ellos lo poco que le quedaba.

Huen-yu, que llegó á ser tan célebre en todo el imperio, refiere que era deudor de la prosperidad de su casa á los sabios consejos de su madre. — « Un día, dice, me llamó aparte y me habló así: He estado á ver al primer ministro, pariente mio, y despues de los cumplimientos acostumbrados, me ha dicho: Vos tenéis un hijo; pues bien, si él sube á las dignidades y oís decir que se encuentra necesitado, tened esto por buen agüero para su vida futura; mas si por el contrario oís que posee grandes riquezas, que su caballeriza está llena de caballos y que lleva vestidos magníficos, tened aquel lujo y aquella riqueza por presagio de pronta ruina. — Yo, añadió la madre, no he olvidado nunca estas reflexiones tan sensatas. Porque ¿cómo puede suceder que un hombre colocado en un empleo puede enviar cada año á sus parientes grandes sumas de dinero y ricos presentes? Si esto es fruto de sus ahorros ó lo superfluo de su gasto, no lo repuebo; pero si es el de sus injusticias, ¿en qué se diferencia de un asesino? Y si tiene la suficiente destreza para sustraerse á la severidad de las leyes, ¿cómo puede sufrirse á sí mismo y cómo no se avergüenza y llena de confusión? »

Mientras reinó la dinastía de Han sucedió que una joven llamada Chin, de edad de diez y seis años, se casó con un hombre que despues de su matrimonio tuvo que marchar á la guerra. Al tiempo de partir dijo á su mujer: — « Quién sabe si volveré: dejo aquí á una madre bastante anciana, y no tengo un hermano que pueda cuidarla: ¿podré contar contigo para que lo hagas, si llego á morir? » La esposa respondió

que sí de todo corazón, y el marido marchó tranquilo. De allí á pocos días corrió la noticia de su muerte, y la viuda, fiel á su promesa, tuvo por su suegra un cuidado especial; hilaba todo el día y tejía telas para ganar con qué mantenerla. Después de los tres años del luto, sus parientes pensaron en darle otro esposo, á lo que ella se negó, alegando la promesa hecha á su marido y protestando que se daría la muerte antes de pasar á otras nupcias. Una respuesta tan terminante hizo callar á sus parientes, y quedando dueña de sí misma, no cesó por espacio de veintiocho años seguidos de prestar á la suegra los auxilios que hubiera podido prestarle el mejor hijo, y habiendo muerto aquella de ochenta años, la nuera vendió sus campos, casas y cuanto poseía para hacerla unos magníficos funerales y proporcionarla una sepultura honrosa. Una acción tan generosa causó tal impresión al gobernador de las ciudades de Hoai-ngan y Yang-ceu, que mandó su relación al emperador, el cual recompensó la generosa piedad de la mujer con el regalo de 4,240 onzas de plata y con la exención de todo tributo mientras viviese.

En tiempo de la dinastía de los Tang, el primer ministro del imperio, llamado Ki-che, tenía una hermana peligrosamente enferma. Sucedió que al hacerla calentar un caldo, se le pegó fuego á la barba, y la hermana sintiendo esta desgracia, dijo: — « ¡Ah, hermano! Teniendo tantos criados en casa, ¿por qué os habéis expuesto á eso? » — « Es verdad, dijo él; pero ya somos viejos los dos, y tal vez no se ofrecerá ocasión de prestaros otro servicio semejante. »

Cuando Pao-hiao era gobernador de la ciudad de King-sao, que ahora se llamó Sin-gon se le presentó uno de lo más ínfimo de la plebe, y le dijo: — « Tuve en otro tiempo un amigo que me mandó cien onzas de plata: habiendo muerto hace poco, quiero restituir esta suma á su hijo; mas él rehusa absolutamente recibirla. Os suplico que le hagáis venir aquí y le mandéis que reciba lo que es suyo, » y depositó la plata en manos del gobernador. El hijo del difunto, habiendo sido obligado á comparecer, protestó que su padre no había dado á nadie aquellas cien onzas de plata. El mandarín no pudiendo aclarar este asunto, deseaba entregar la plata al uno ó al otro; pero ninguno de los dos quería recibirla, diciendo que no era suya. Hablando de esto el doctor Liu-yang, dice: — « Luego se dirá que no hay hombres de bien y que es imposible imitar á los emperadores Yao y Chiun. Al que sostenga una paradoja semejante, basta presentarle este ejemplo. »

Song-kuang, preceptor del príncipe heredero, presentó al emperador Siuen-ti una solicitud en la que, después de haber expuesto que se hallaba en una edad bastante avanzada, pedía que le permitiese retirarse á su casa. El emperador se lo concedió, y le regaló una gruesa

suma de dinero, á la cual añadió el príncipe heredero un rico presente. El buen anciano habiendo vuelto á su patria, hacía preparar todos los días una abundante mesa para convidar á sus vecinos y parientes, y de cuando en cuando preguntaba á su mayordomo el dinero que le restaba y le mandaba comprar lo que mejor le parecía. Este gasto diario desagradó á los hijos, los cuales empeñaron á los amigos del padre para que le hicieran sobre él algunas observaciones. — « Esperamos con confianza, decían los hijos, que nuestro padre, tan colmado de honores y riquezas, pensará en asegurar el bienestar de su familia y dejarla un rico patrimonio. Pero ya estáis viendo los gastos que hace cada día en banquetes y diversiones: ¿no sería mejor comprar campos y casas? » Los amigos prometieron hablar al padre, y apenas se presentó una ocasión oportuna, le expusieron los motivos de queja que daba á sus hijos. — « Me admiro mucho de mis hijos, les respondió: ¿ellos creen tal vez que yo chocheo ya, y que he olvidado lo que debo á mi posteridad? Pues sepan que yo les dejaré los campos y casas que basten y no sobren para satisfacer sus necesidades, si saben utilizarse de ellos; pero no crean que yo aumentando sus bienes, quiera contribuir á fomentar su desidia. Siempre he creído que conceder grandes riquezas á un hombre sabio, es debilitar su virtud, y dárselas á un necio, es aumentar sus vicios. El dinero que ahora gasto, me le dió el emperador para alivio y recreo de mi ancianidad. ¿No es justo que yo me aproveche de él, según los deseos del príncipe, y que para pasar más alegremente el poco tiempo de vida que me queda, me divierta con mis parientes y amigos? »

Tang-teu tenía dos hijas jóvenes, la una de diez y nueve años y la otra de diez y seis, dotadas ambas de una rara hermosura y de mayor virtud, si bien no habían recibido más educación que la que suele darse comunmente en los campos. En aquel tiempo infestaban el imperio unos bandidos, los cuales invadieron de repente el pueblo en que vivían estas jóvenes, y ellas para sustraerse á sus ultrajes y crueldad, se escondieron en la caverna de una montaña. Pero los foragidos las sacaron muy pronto de allí y se las llevaron como víctimas destinadas á saciar su lascivia. Después de haber andado un buen trecho de camino, llegaron al borde de un precipicio, en cuyo sitio, volviéndose la mayor á la menor, la dijo: « Mejor es perder la vida que la honra, » y en seguida se precipitó en el abismo: la menor no tardó en imitar su ejemplo; mas no quedó muerta al caer, sino que solo se rompió las piernas. Los bandidos, aunque quedaron admirados de un suceso semejante, continuaron su camino sin cuidarse de lo que había acontecido. El gobernador de la ciudad vecina participó al emperador lo ocurrido, y Su Majestad para eternizar la memoria de tan bella acción, después de haber hecho un magnífico elogio de la virtud de las dos jóvenes,

concedió á su familia y al pueblo en que habitaban una perpétua exención de todo tributo.

Leao-yung perdió á sus padres siendo aun bastante joven y vivía en la misma casa que sus cuatro hermanos y en perfecta unión con ellos, siendo comunes los bienes de todos. Pero habiéndose casado dichos cuatro hermanos, inmediatamente se alteró la concordia entre las mujeres, pues cada una era enemiga de las demás, y á cada paso había disputas y quejas. Al fin pidieron que se dividiesen los bienes y se fuese cada matrimonio á su casa particular. Leao-yung se afligió mucho con esta petición, y para probar el dolor que experimentaba su corazón, reunió á sus hermanos y á las mujeres de estos en su cuarto, y cerrando la puerta, tomó un palo grueso y golpeándose con él fuertemente la cabeza, exclamó: — « ¡Ah! ¡infeliz Leao-yung! ¿De qué te ha servido vigilar continuamente todas tus acciones, aplicarte tanto al estudio de la virtud y estar siempre meditando la doctrina de los antiguos sabios? ¿Crees poder algún día reformar con tu ejemplo las costumbres del imperio, y no eres capaz de conservar la paz en tu casa! » Este espectáculo causó tal impresión en sus hermanos y en las mujeres, que echándose todas á sus piés, y con las lágrimas en los ojos, le prometieron mudar de conducta. En efecto, ya no se oyó en la casa la gritaría que antes, se restableció la armonía, y reinó siempre en lo sucesivo una completa paz en los ánimos.

Sobre la vigilancia de sí mismo.

Cierto hombre preguntaba un día al mandarín Ti-u-lun, si desde que se dedicaba á la adquisición de la virtud había llegado á despojarse de todo afecto privado, y él respondió: — « Conozco que aun no he conseguido esto, y he aquí la prueba. Un sugeto me ofreció hace tiempo un caballo tan veloz que andaba mil estadios en un día, y aunque rehusé este presente de un hombre que podía tener miras interesadas al hacermele, todavía cuando tengo que proponer á alguno para un empleo vacante, siempre se me viene su nombre á la memoria. Además cada vez que sé que mi hijo tiene alguna pequeña indisposición, aunque conozca que su vida no está en peligro, paso toda la noche sin dormir y en tal agitación que me convenzo de que mi corazón no está enteramente libre de los afectos privados. »

El mandarín Lieu-kuen tenía tal dominio sobre sí mismo, que ningún suceso, por extraordinario é imprevisto que fuese, podía alterar en lo más mínimo la paz y tranquilidad de su ánimo. Un día su mujer se propuso irritarle, y á este fin dió á la criada las órdenes oportunas, las que cumplió puntualmente. Queriendo el mandarín ir á la corte, se había puesto los vestidos más magníficos, y la criada pasando á su lado dejó caer á sus piés una holla llena de caldo, de modo que los vestidos del mandarín

quedaron manchados y no pudo aquel día comparecer delante del rey. El mandarín, sin mudar por esto de semblante, se contentó con decir á la criada con su acostumbrada tranquilidad: — « Te has quemado la mano? » Y en seguida se retiró á su cuarto.

El mandarín Yang-chin hizo grandes elogios de un literato llamado Vang-mi al emperador, el cual con este motivo se resolvió á confiarle el gobierno de la ciudad de Chang. Sucedió que Yang-chin pasó un día por aquella ciudad, y el gobernador, que le era deudor de toda su fortuna, vino al punto á obsequiarle y á ofrecerle al mismo tiempo ciento sesenta onzas de plata. Pero Yang-chin, echando sobre él una mirada severa, le dijo: — « La primera vez que os conocí, os creí un hombre sabio, y por esto os recomendé al emperador, y vos no me habéis conocido todavía? — Recibid, os suplico, esta pequeña muestra de gratitud, repuso el gobernador: es de noche y nadie lo sabrá. — A esto replicó el mandarín: ¿Cómo! ¿Nadie lo sabrá! ¿No lo sabrá Tien? ¿No lo sabrán los espíritus? ¿Y vos y yo no lo sabremos? ¿Cómo, pues, podéis decir que no lo sabrá ninguno? » Estas palabras hicieron avergonzar al gobernador, y se retiró confuso.

Chung-yn fué por tres veces general de todas las tropas del imperio. A pesar de hallarse en un puesto tan elevado, no se jactó nunca de tener buenos caballos, ni de llevar los vestidos perfumados: si le quedaba algún momento de descanso, se ocupaba en leer; no hacía caso de los vanos presagios, ni de los rumores que se esparcen algunas veces por el vulgo y se guardaba de participárselos al emperador. Aborrecía á los sectarios, principalmente á los de Fo y del Tao. Era severo con sus subalternos cuando cometían alguna falta, y liberal en socorrer á los pobres en tiempo de carestía; tenía mucho cuidado en mantener hospicios públicos, y era espléndido en sus banquetes. Finalmente, cuando llegaba á saber que en su jurisdicción había niñas de buenas familias, pero pobres ó huérfanas, al momento trataba de proveerlas de lo necesario, les buscaba maridos de su misma condición y les pagaba con liberalidad todos los gastos de boda.

El doctor Lieu cuando iba á visitar á sus amigos, se entretenía á veces con ellos más de una hora, sin doblar en lo más mínimo su cuerpo, de modo que parecía tener el pecho y espaldas de una sola pieza; no movía los piés ni las manos, y en una palabra, se asemejaba á una estatua que hablaba: tanta era su modestia.

Li-uen-tsing hacía fabricar una casa cerca del palacio del emperador, y habiéndole advertido uno de sus amigos que el vestíbulo era tan reducido que con dificultad podría moverse en él un caballero, él respondió sonriendo: — « Esta casa pertenecerá un día á mis hijos, y su vestíbulo es bastante capaz para celebrar en él las ceremonias de mis funerales. »